

No para cubrir incapacidades
Trabajo ideológico para crecer
Rodrigo Ruiz
La SURDA. Diciembre 2000

La izquierda no se despoja aún, ante la mirada mayoritaria, del hollín de La Moneda bombardeada. Esa imagen, quizás la más poderosa de nuestro siglo XX, es tan fuerte, que nos costará mucho camino superarla. De eso es responsable la dominación de los poderosos, la derrota inflingida más de una vez sobre la izquierda, pero también lo es la incapacidad propia, que es lo que en estas letras interesa.

«Trabajo cultural» se llama lo que debiera llamarse «trabajo ideológico», ingrediente fundamental de nuestro esfuerzo, que hoy pasa por momentos de escasez. Alguien dijo una vez que hacía falta una revolución dentro de nosotros, y estaba en lo cierto. Unase a eso aquello de «un minuto de inspiración y muchas horas de transpiración», como decía Leonardo da Vinci cuando le preguntaban por su impresionante genialidad. No queda otra.

Punto de partida

Insistir en la necesidad de asumir derrota conlleva iluminar aquello que no se quiere ver, imperiosa necesidad en la medida en que es una tarea no resuelta.

En sentido político, y también en sentido ideológico, la derrota significa la profunda expulsión de la izquierda de los espacios políticos y de la cultura de las masas. La derrota no es Septiembre de 1973, es el hecho del aniquilamiento, la persecución, la destrucción de las organizaciones políticas y sociales, pero consiste principalmente en haber colocado a la izquierda y el campo revolucionario en una posición de gran dificultad para emprender una construcción de fuerzas que puedan disputar poder al enemigo. La derrota, así vista, es actual, está en las cabezas de los militantes, en la dirección de las organizaciones, es la anteojera que impide ver el estado real de cosas y concebir las tácticas políticas, de modo que permita reasumir construcción de una fuerza popular con capacidad de lucha. La derrota se expresa en la pobreza ideológica de esta izquierda, se hace visible una vez más en la reincidencia en un «trabajo cultural» estéril, encerrado en su ideologización, incapaz de interpretar y convocar sectores de masas.

Las identidades populares que se forjaron sobre los procesos de avance popular de los años 60's y 70's, o la de los arduos 80's, fueron cercadas, reprimidas y golpeadas por importantes esfuerzos ideológicos del enemigo, y ya no suenan. Hoy los espacios de ideología de masas les pertenecen a los poderosos y todos los esfuerzos de la izquierda y los revolucionarios, sumados, son tan solo una pequeña provincia de esa región vasta.

Ese es, en nuestro juicio, el punto de partida.

La pobreza de nuestro presente

Los revolucionarios y la izquierda nos encontramos atravesados por diferentes dificultades ideológicas que merman nuestra fuerza y disposición creativa para

encontrar las formas y los contenidos de un trabajo ideológico eficaz en la actualidad. No es un problema de una organización o de una corriente, no son dificultades de uno u otro extremo de nuestro campo político, y no valen las gastadas discusiones cromáticas (el rojo contra el amarillo). En cualquiera de nuestros esfuerzos es posible encontrar, mezclados, expresándose de formas diversas, dichos problemas, de modo que para entrarle al asunto nos es indispensable una buena dosis de disposición a mirar la propia dificultad en el espejo.

En la actualidad, las principales formas de identidad producidas por la izquierda orgánica bandean entre dos grandes caracteres sin mayor convocatoria. Por un lado una estética remitida a los años 80's, cuando las barricadas y las marchas, pero también el accionar de la izquierda y los revolucionarios gozaban de una legitimidad bastante amplia. Es un discurso dirigido a reducidos grupos convencidos, y expresa una identidad sobreideologizada que sigue creyendo encontrar en la reproducción de la identidad revolucionaria de los 80's un anclaje ideológico a salvo de la corrupción política. Es una respuesta a la urgencia de sostener en pie referentes ideológicos de carácter revolucionario, urgencia real.

En ese sentido, más que una convocatoria dirigida a la disputa de nuevos sectores de masas, funciona como contenido de afiatamiento y resguardo de las supervivencias de las organizaciones revolucionarias de los 80's. En nuestra concepción, la incapacidad de construcción que dicha identidad revela no es propia del ofuscamiento ni de una falta de claridad en cuanto a la necesidad de la construcción de masas, sino principalmente del supuesto erróneo de que las formas de acción política y el tipo de identidad a que apela, simbolizada en la capucha y la barricada, siguen siendo eficaces, y permiten reagrupar identidades dispersas. Asumiendo esas identidades hay esfuerzos de auténtica vocación de construcción, hay caminos nuevos que se forjan con tesón y valentía. Pero también hay los aficionados a antiguos discursos enquistados, apelaciones al pasado y llamados al combate, que aunque nunca se la han puesto elevan inspirados cantos a la capucha.

En segundo lugar, está la estética testimonial, que tiene la forma ceremonial del lamento, y que principalmente se afinca en la necesidad de la memoria concebida como minucioso recuento de la brutalidad del enemigo, mas no igualmente como experiencia de lucha popular. Es la expresión de la mayoría de las luchas por los Derechos Humanos en nuestro país, exceptuando claramente el esfuerzo de la Funa, que va generando diversas formas de superación de aquellos rituales, lo que confiere a su voz mayor alcance.

Esta identidad, principalmente reproducida en las generaciones que vivieron en carne propia el 73, no transmite ninguna disposición de lucha. Aparece en las portadas de las revistas de la izquierda bajo la forma de denuncias espectaculares, fotos de impacto estomacal y frases duras, casi siempre sobre la dictadura y sus personajes. En ese sentido es autocompasiva, propia de derrotados que aceptan el papel de las víctimas, y que a la soberbia oligárquica de los poderosos opone una vela, y que ha demostrado ya su total falta de disposición a conectarse con los reales procesos de lucha de nuestro pueblo. Puede parecer una identidad combativa en la medida en que "dice las cosas por su nombre", pero es estática como práctica en el presente. Es un espíritu que poco aporta forjar una nueva disposición a pelear en nuestro pueblo.

Además de los dos caracteres mencionados, es necesario decir que el trabajo de

base autonomista, que generalmente si asume la necesidad de construir referencias ideológicas con contenido político y disposición de lucha, es aún incapaz de superar con claridad las incapacidades de la izquierda de la capucha o el testimonio lamentoso, y no logra construir las formas, pero tampoco los contenidos que comiencen a mostrar formas reales de una nueva identidad popular de lucha. Ocurre que hoy el trabajo de base se desarrolla principalmente en sectores reducidos, cuyas luchas no adquieren aún la extensión ni la profundidad política necesarias para ir forjando nuevos sentidos y nuevas voces que puedan escucharse más allá de las localidades.

Diablillos con pinta de ángeles

Además de esos dos extremos generados desde la izquierda, un discurso que muchas veces se infiltra con eficacia en el campo popular, y que posa de ser de izquierda, es esa cultura “buena onda” de raíz socialdemócrata, de contenido pepedé cantada con entonaciones melosas tipo Alberto Plaza, con aires de honestidad, comprensiva, siempre dispuesta a llorar todas las penas ajenas, sin colesterol, con olor a incienso esotérico barato, tipo Teletón con una pizca de política, encarnada las más de las veces por sonrientes funcionarios de ONG con pinta de “alternativos”, gente que ha descubierto cómo venderle el alma al diablo sin perder la pinta de ángeles con “bluyines”, y que cobra diligente la pegas hechas al gobierno muy “autónomamente”. Este discurso que en medio de poblaciones llenas de la violencia de la desigualdad y la descomposición social repite tonteras como el llamado al pluralismo y la tolerancia, que rehuye la política explícita y directa, que nunca habla de las causas de las desigualdades sino que prefiere limarles un poco los filos más hirientes, no es más que una estrategia de descompromiso y amansamiento de masas, es parte de las habilidades del enemigo.

Nuestra necesidad

Siempre que nuestro pueblo ha forjado alguna forma de identidad popular amplia ha sido a partir de procesos de lucha, de ascenso de las ansias de justicia y emancipación. Dicha identidad ha estado llena de contenidos y expresiones que no son propias de la actividad política, pero han sido los procesos de organización y lucha política y social los que han posibilitado su construcción. Aquella fue, por ejemplo, la cultura popular de los 60's y los 70's, visible desde nuestros días por su Violeta Parra, su Víctor Jara, sus murales y sus pinturas, pero también por el nivel de conciencia, organización y disposición de lucha, por la inmensa sabiduría política popular edificada en esos años. Aquel espíritu permitió desperdigar como semillas, por amplias franjas de nuestra sociedad, lo más alto del pensamiento, de la creatividad desplegada por el pueblo mismo en todos los planos de la vida, dando vida a aquel sueño de Pablo de Rokha: «pueblo y alta cultura».

Es por eso que al decir «pueblo» en una situación como la nuestra, estamos aludiendo siempre en el fondo y de manera amplia, a un contenido de rebeldía, de justicia social, de igualdad. Se dice «pueblo» y se está nombrando una multitud incontenible en su deseo de apropiarse de cuanto esté a su alcance, capaz de mejorar el país entero y toda su gente una y otra vez; lo que no es posible sino a costa de expropiarle el timón a los poderosos. Eso es tan claro, que ellos esquivan dicha identidad, evitan a toda costa que esa ola se genere y buscan convertirnos en majaderías como «consumidores» o simplemente «pobres». Pero es por eso también, que «pueblo» es algo que aún está por construirse, es una necesidad, es el impulso de los empeños de construcción de base.

El panorama actual es de desunión, lo hemos dicho varias veces. No es raro que en los tiempos que corren carezcamos de una referencia popular global y nos

limitemos a identidades locales, reducidas, muchas veces antagónicas. La razón principal es el estado de desmasificación, de desorganización social, de penetración de las ideologías del poder.

Cualquier proceso de organización popular de mayor escala tiene entonces que hacerse cargo de la construcción de una cultura popular, de una identidad global, de la integración de las dinámicas específicas en un contenido que los una y les entregue nuevas fuerzas. Se trata de una necesidad vital, insoslayable para construir un movimiento popular que sea protagonista verdadero de cambios en nuestra sociedad.

Una condición esencial es, sencillamente, dejar de hablarle a “los mismos de siempre” y presentarle pelea a la Concertación y la derecha, disputarle la gente a la maquinaria ideológica del poder, que no es sólo nacional sino globalizada (o sea, principalmente producida y dirigida desde Estados Unidos). Para eso hay que meterse en los espacios donde estos procesos tienen lugar, hay que proponer nuevos contenidos, nuevas maneras de plantear los principios que han animado siempre la lucha emancipadora del pueblo. No es un problema de artilugios o de ingenio, no se trata de decir lo mismo de siempre de una forma distinta o que un actor declame el discurso del dirigente. Tampoco es cosa que se resuelva haciendo concesiones, ocultando el verdadero carácter de nuestro esfuerzo, adoptando ingeniosos tonos frívolos sin encarar nuestros verdaderos problemas, pues en ese caso ya «The Clinic» nos habría hecho la pega.

Se trata de construir, en definitiva. Realizar el trabajo ideológico junto a los esfuerzos de construcción, sin pretender sustituirlos. Porque no se trata de elaborar el mensaje y dispararlo sin más, sino hacerse cargo de construir un sujeto social capaz de recibirlo, desmenuzarlo, utilizarlo, un sujeto social en definitiva que sea el mismo que asuma la construcción del mensaje, que vaya en su desarrollo elaborando, descubriendo e inventando los contenidos de su propia identidad. El llamado trabajo cultural entonces, no es un polvito instantáneo que hace subir la masa al batirlo con aguas calientes.

Cualquiera sea la forma en que se exprese, se trata de un problema político. Aunque tiene que ver, no es principalmente de discurso ni de la calidad de los instrumentos ideológicos de la izquierda. Hoy la raíz principal de la incapacidad ideológica es la cantidad y calidad de los esfuerzos de construcción política de masas.

Si es verdad que las masas ya no quieren recibir el mensaje ideológico de la izquierda, lo que tenemos enfrente no es una crisis moral -ese sería el diagnóstico de Hasbún- que pueda ser por tanto atacada con una buena dosis de sermones. Ese desamparo ideológico es reflejo de la dominación del enemigo, de nuestra debilidad política, de nuestra propia desorganización y la pobreza de nuestras luchas. Lo que hay que atacar es esa práctica, es la desorganización, la dispersión, es la dominación enemiga y forjar un nosotros que tome en sus manos el desafío de edificar una nueva conciencia. Lo demás es echar bravuconadas a espejismos. ¿Es esto un menosprecio del llamado trabajo cultural? Por el contrario, es una valoración de sus posibilidades. El trabajo ideológico, la propaganda revolucionaria son componentes fundamentales de la construcción del movimiento popular. No es una mera prolongación de la intervención política, tiene sus ritmos propios, y no todas las problemáticas que enfrenta dependen de la contingencia, aunque el carácter general de la identidad construida, sus contenidos y la estética con que se exprese, están en estricta relación con los procesos de construcción del movimiento

popular que la encarne. De lo contrario, sólo es una dinámica encerrada, iluminista, incapaz de saltar los pequeños márgenes de la sobreideologización. Entonces ¿trabajo cultural? ¡sí!, pero bien pegado a la construcción en la base. Y que allí se integren todas las energías, junto a las organizaciones políticas, junto a las organizaciones populares, junto a sus luchas, los intelectuales, los artistas, los académicos, todos, ya no como “asesores”, menos aún como los autores del contenido de nuestra identidad, sino simplemente como voluntades y capacidades sumadas al esfuerzo.

Hoy es necesario entonces que los diferentes esfuerzos de construcción desde la base asuman el trabajo ideológico con mayor fuerza. No basta construir organizaciones de base capaces de ejercer poder, hay que meterse en las diferentes luchas de nuestro pueblo y construir allí una nueva conciencia política, buscar formas de unidad, de superación de desconfianzas, de encuentro de los distintos sectores sociales, y fundamentalmente desnudar al enemigo, hacer claridad de que un proyecto popular está reñido tanto con el sentido de la Concertación como con el proyecto adornado del lavinismo. Hay que llevar adelante una verdadera “guerra de posiciones” ideológica.

El perfil específico que adopte la identidad del movimiento popular dependerá de la suerte que corra en su construcción, de los sujetos que lo engrosen, de las luchas que lo moldeen. No es algo que pueda anticiparse con precisión, ni hace falta. Lo que si debemos avanzar es nuestra propuesta, darle forma a un perfil. Forjar una identidad basada en la disposición a la lucha, aferrada a la organización popular y al ansia de ejercer poder en cada lugar. Un espíritu autonomista, que lejos de entregar a la clase política las decisiones sobre la vida propia, las tome en sus propias manos con la confianza en la capacidad propia. Democracia popular, democracia para los de abajo, democracia en cada instancia en que se desenvuelve la vida, en la población, en la escuela, en el trabajo, pero democracia participativa, no representativa. Una identidad democrática, contraria a todas las formas de opresión, de discriminación, un sentido de democracia con justicia social. Un pueblo con entereza, que no se asuma a si mismo como víctima sino como una ola que se agiganta con fuerza indetenible, un pueblo con audacia, con confianza en sus capacidades y con una profunda desconfianza de todo lo que venga de los poderosos. Un espíritu latinoamericanista, orgulloso de su raíz, libre para viajar el universo y enriquecer su esencia indestructible.

Una ideología nueva para gente nueva, como soñó el Che.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin

de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

